

# *Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional\**

Hugo García

Universidad Complutense de Madrid

*Resumen:* El artículo trata de contribuir al conocimiento de las culturas de guerra del siglo XX reconstruyendo la historia de los relatos sobre el *terror rojo* que circularon con profusión en la España *nacional* durante la Guerra Civil y los primeros años cuarenta. Frente a quienes consideran esta literatura como un apéndice de la propaganda sublevada o un mero reflejo de estereotipos reaccionarios, aquí se interpreta como un género literario relativamente original, nacido de la experiencia de las víctimas reales y potenciales de la represión republicana y popularizado por conocidos escritores de la época. La compleja mezcla de experiencias, estereotipos e influencias literarias perceptible en los relatos, unida al clima favorable de aquellos años, explica la popularidad que alcanzaron durante el primer franquismo. Más allá de su evidente instrumentalización política, los testimonios de víctimas reflejan los amplios apoyos sociales de que dispuso el régimen en su tarea de vencer al enemigo y excluirlo de la nueva España tras su victoria. Su declive como género literario a partir de los años cincuenta, por otra parte, anuncia el posterior intento de la Dictadura de promover la reconciliación entre los españoles.

*Palabras clave:* Guerra Civil, franquismo, revolución, cultura, testimonio, propaganda.

---

\* Una versión anterior de este texto fue discutida en el seminario organizado por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia el 11 de septiembre de 2009: agradezco a los coordinadores del seminario, Xavier Andreu y Ferran Archilés, así como a los profesores e investigadores presentes en la sesión, sus inteligentes sugerencias y críticas. El artículo se ha beneficiado también de los comentarios realizados por Marisa González de Oleaga, profesora de la UNED, y el evaluador anónimo de la revista *Ayer*: mi sincero reconocimiento a ambos.

*Abstract:* This article aims to contribute to our knowledge of the relationship between war and culture in the twentieth century by reconstructing the accounts of the so-called *red terror* that circulated in the Nationalist zone of Spain during the Civil War of 1936-1939 and the early 1940s. Contrary to the thesis that regards this literature as an appendix of the official propaganda of the rebel leadership, it is argued here that it was an original literary genre, born of the experiences of the real and potential victims of Republican repression and popularised by recognised authors of the time. The complex blend of experiences, stereotypes and literary influences that can be observed in the stories, together with a favourable political and social environment, explain their popularity during the early Franco years. Beyond their obvious political utility, these testimonies seem to reflect a relatively large social support for the regime's attempt to defeat their enemies and then exclude them from the New Spain. The decline of the genre from about 1950, on the other hand, announces the later decision of the Dictatorship to promote national reconciliation.

*Key words:* Spain, Civil War, francoism, revolution, culture, testimony, propaganda.

«Estudiar la influencia de diferentes ambientes y épocas sobre el nacimiento, la difusión y la transformación de los relatos de guerra parece una de las tareas más importantes que se ofrecen hoy en día a las personas interesadas en la psicología colectiva», escribió un joven historiador francés llamado Marc Bloch en 1921, cuando Europa comenzaba a recuperarse del mayor conflicto bélico de su historia<sup>1</sup>. El futuro fundador de *Annales* contemplaba la *Gran Guerra* como un «inmenso experimento de psicología social» a causa de la cantidad de noticias, rumores y testimonios, verdaderos y falsos, que la contienda y sus secuelas habían suscitado en los países beligerantes, y a los fuertes movimientos de opinión a que habían dado lugar. Y a falta de psicólogos sociales autorizados, correspondía a los historiadores analizar este material empírico y responder a las preguntas que planteaba: ¿cómo nacen y se construyen los relatos bélicos; cómo se propagan, de boca en boca y de escrito en escrito? ¿Cómo, podría haberse preguntado también Bloch, son utilizados por el poder? ¿Y qué capacidad de movilización tienen? Estos interrogantes constituyen precisamente el eje central de los trabajos realizados en las últimas décadas

---

<sup>1</sup> BLOCH, M.: «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», en *id.*: *Histoire et historiens*, París, Armand Colin, 1995, p. 165.

sobre las «culturas de guerra» y, en particular, sobre la generada por el conflicto de 1914-1918<sup>2</sup>. Especialistas franceses y anglosajones coinciden en que ésta se construyó en torno a una imagen del enemigo como un ser bárbaro y cruel, responsable de terribles abusos contra la población civil de las zonas ocupadas. Las noticias sobre las atrocidades de los *bunós* difundidas por los refugiados procedentes de estos territorios, la prensa y los gobiernos francés, británico y belga desde agosto de 1914 explican, a su juicio, el apoyo mayoritario de la población de esos países al esfuerzo bélico. La mezcla de experiencias personales y mitos nacidos de estereotipos tradicionales sobre el carácter alemán, o del recuerdo de antiguos conflictos como el de 1871, funcionó, en definitiva, como una formidable arma de guerra<sup>3</sup>.

Varios estudios recientes han detectado elementos muy parecidos en la autodenominada España *nacional* a partir de la rebelión militar del 18 de julio de 1936<sup>4</sup>. Los dirigentes sublevados utilizaron los relatos sobre las violencias cometidas por sus adversarios contra los civiles de su zona para fomentar el odio hacia los partidarios de la República y excluirlos del régimen nacional y católico que pretendían edificar sobre las ruinas del fundado el 14 de abril de 1931. Las atrocidades de los *rojos* les proporcionaron un pretexto perfecto para lanzar una vasta campaña de propaganda dirigida a deshumanizar al enemigo y, de paso, justificar la represión física y simbólica de los disidentes en su propio territorio. Uno de los autores citados reduce la idea del *terror rojo* a un ejercicio de «manipulación propagandística» e «invención de crímenes», basándose en las denuncias realizadas durante la misma guerra por funcionarios del Estado *nacional* evadidos a la zona republicana<sup>5</sup>. De acuerdo con otro, el régimen fran-

---

<sup>2</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

<sup>3</sup> AUDOIN-ROUZEAU, S., y BECKER, A.: *14-18, retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000, pp. 142-148; HORNE, J., y KRAMER, A.: *German atrocities, 1914*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 175-225.

<sup>4</sup> PÉREZ BOWIE, J. A.: «Literatura y propaganda durante la Guerra Civil española», en VVAA: *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002, pp. 42-43; SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 43-61; CAZORLA, A.: «Patria Mártir: los españoles, la nación y la guerra civil en el discurso ideológico del primer franquismo», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 289-302.

<sup>5</sup> SEVILLANO, F.: *Rojos...*, *op. cit.*, pp. 43 y ss.

quista hizo de esta violencia «una de sus principales fuentes de legitimación política» tanto durante el conflicto como después de que éste finalizase<sup>6</sup>. Los *nacionales* se sirvieron de la memoria del *terror rojo* para ganar la guerra y, también, para edificar su Dictadura sobre una atmósfera de miedo y de duelo por el supuesto *millón* de crímenes cometido por las *bordas marxistas*<sup>7</sup>.

Las denuncias sobre el uso que el poder franquista hizo de los relatos sobre el *terror rojo* son fundadas, como veremos, pero no bastan para despejar los interrogantes planteados por Bloch respecto al origen y el impacto social de los relatos de guerra. Ninguna campaña de propaganda, por hábil que sea, explica por sí sola la formación y consolidación de una cultura capaz de movilizar a grandes sectores de población en una empresa de la magnitud y duración del *Movimiento nacional*. Y los estudios disponibles sobre la propaganda bélica del franquismo coinciden en que ésta no destacó por su brillantez ni por su originalidad. El lenguaje de los *nacionales* ha sido descrito como un modelo de discurso ideológico, retórico y estereotipado que, como el de los fascismos europeos de su época, se basaba en una serie de oposiciones elementales: bien y mal, civilización y barbarie, luz y oscuridad, heroísmo y mediocridad, salud y enfermedad, *nosotros* y *ellos*<sup>8</sup>. A juicio de Enric Ucelay, los sublevados se limitaron a reproducir una tradición cultural que se remontaba, al menos, a principios del siglo anterior: la elaborada por los defensores del Antiguo Régimen en respuesta a la Revolución Francesa y al terror jacobino que, acontecimientos posteriores como la Comuna de París y la Revolución Bolchevique, mantuvieron viva hasta los años treinta<sup>9</sup>. El mismo historiador ha advertido que algunas de las imágenes clave del conflicto español pueden también ser vistas como un reflejo invertido de la propaganda franco-británica de la *Gran Guerra*: el *terror rojo* de 1936, en concreto, no

<sup>6</sup> CAZORLA, A.: «Patria mártir...», *op. cit.*, p. 292.

<sup>7</sup> LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoraciones de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)», *Ayer*, 63 (2006), pp. 236-244.

<sup>8</sup> PÉREZ BOWIE, J. A.: «Retoricismo y estereotipación, rasgos definidores de un discurso ideologizado», en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil*, vol. 1, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1988, pp. 353-373.

<sup>9</sup> UCELAY, E.: «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6 (1990), pp. 23-43.

fue sino una adaptación de las atrocidades alemanas de 1914 al suelo español<sup>10</sup>.

Pero las historias que marcaron la conciencia de cientos de miles de personas durante ambos conflictos no pueden reducirse, en mi opinión, ni a la batalla de propaganda entre republicanos y *nacionales* ni a una mera reelaboración de estereotipos. Las culturas políticas, los sistemas de representaciones que fundan la identidad de los grupos sociales y explican su comportamiento colectivo, no son construcciones ideales, situadas fuera de la realidad, sino sistemas cambiantes, capaces de integrar constantemente nuevos hechos en sus esquemas de análisis<sup>11</sup>. Los conceptos que vertebran estas culturas, señala Koselleck, son inseparables de la experiencia: el cambio conceptual no se explica sin el cambio histórico, y viceversa<sup>12</sup>. Ningún análisis sobre los relatos en que se ha basado una cultura de guerra determinada puede obviar la experiencia que se transmite a través de estos relatos, por mucho que, como veremos, ésta sea indisociable de unas circunstancias y de unos esquemas mentales determinados. Para reconstruir la representación de la violencia de la guerra española es preciso, en definitiva, partir de las personas que la experimentaron o que dieron cuenta de ella a otros en calidad de testigos. La historia del *terror rojo* de 1936, como la de las atrocidades alemanas de 1914, se confunde con la de sus testigos: fueron ellos quienes elaboraron la versión original que inspiraría a autores posteriores y a los propagandistas, y a partir de la cual se construiría el gran relato del *terror rojo*. Sus testimonios, que circularon por la España *nacional* desde el verano de 1936 hasta el fin del conflicto (y aun después), convierten la Guerra Civil en un hito en la historia de este género literario, un fenómeno singular en la historia intelectual del siglo XX que para algunos autores se remonta, precisamente, al conflicto de 1914-1918<sup>13</sup>. Anali-

---

<sup>10</sup> UCELAY, E.: «La Guerre Civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre Mondiale», en MARTIN, J.-C. (dir.): *La Guerre Civile entre Histoire et Mémoire*, Nantes, Ouest Éditions, pp. 80-82.

<sup>11</sup> BERSTEIN, S.: «Nature et fonctions des cultures politiques», en BERSTEIN, S. (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Editions du Seuil, 2003, p. 29.

<sup>12</sup> KOSELLECK, R.: «Historia de los conceptos y conceptos de historia», *Ayer*, 53 (2004), pp. 27-45.

<sup>13</sup> WINTER, J.: «La memoria della violenza: Il mutamento dell'idea di vittima tra i due conflitti mondiali», en BALDISSARA, L., y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2004, pp. 127-141. Cfr. WIEVIORKA, A.: *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998.

zarlas en su contexto, reconstruir la historia del *terror rojo* como construcción social y cultural, es imprescindible para entender la cultura de guerra del bando *nacional* y, a través de ella, una parte importante de la cultura europea reciente.

## El *terror rojo*, una construcción social

Como ya advirtió Bloch en un texto de 1914, los testimonios constituyen una fuente histórica especialmente tramposa: «los testigos no son siempre sinceros, ni la memoria siempre fiel»<sup>14</sup>. Los historiadores actuales coinciden en que este tipo de fuentes plantea problemas metodológicos considerables, ante todo porque la historia que cuentan los testigos es, en buena medida, su propia historia<sup>15</sup>. El hecho de que los testigos sean a la vez actores y narradores convierte su relato en un ejercicio autobiográfico que arroja más luz sobre ellos que sobre los sucesos narrados. Para los historiadores post-sociales, los testimonios no reflejan ninguna realidad objetiva, sino que construyen identidades —individuales y colectivas— a través del discurso<sup>16</sup>. El historiador que se aproxima a un testimonio debe, en cualquier caso, extremar las precauciones, considerando las condiciones en que ha sido producido, los artificios literarios y persuasivos que emplea para transmitir su mensaje, su finalidad e incluso su misma condición testimonial. Ésta es la perspectiva desde la que analizaremos los relatos sobre el *terror rojo*.

Las hemerotecas permiten comprobar que las primeras historias aparecieron en la prensa española (*nacional*) y en la de los países vecinos (Inglaterra) a partir de la segunda semana de lucha, cuando el golpe militar, triunfante en algunas zonas de España y frustrado en otras, empezaba a transformarse en una lucha fratricida<sup>17</sup>. La transforma-

<sup>14</sup> BLOCH, M.: «Critique historique et critique du témoignage», en ÍD.: *Histoire et historiens...*, op. cit., p. 9.

<sup>15</sup> Arlette Farge, en ARTIÈRES, P.; FARGE, A., y LABORIE, P.: «Témoignages et récit historique», *Sociétés et représentations*, 13 (2002), pp. 199-206.

<sup>16</sup> SCOTT, J. W.: «La experiencia como prueba», en CARBONELL, N., y TORRAS, M. (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, pp. 77-112 (agradezco esta referencia a Florencia Peyrou). Cfr. VALLINA, C. (ed.): *Critica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1999.

<sup>17</sup> *Heraldo de Aragón* [en adelante HA], 6 de agosto de 1936; *Gaceta Regional de Salamanca* [en adelante GRS], 6 de agosto de 1936 y 4 de septiembre de 1936; y *Daily Telegraph*, 1 de agosto de 1936.

ción de la naturaleza del conflicto tuvo, como es sabido, una consecuencia fundamental para la construcción de las culturas de la guerra en ambas zonas: el apoyo de los no combatientes se convirtió en un factor decisivo para el triunfo militar<sup>18</sup>. De entrada, los beligerantes se sintieron obligados a consolidar su autoridad *limpiando* la retaguardia, es decir, eliminando físicamente a todas aquellas personas que, por sus ideas o su condición social, consideraban susceptibles de colaborar con el enemigo. Los dirigentes *nacionales* promovieron una represión masiva de todos los sospechosos de simpatizar con las organizaciones del Frente Popular, mientras los republicanos (o los partidos, sindicatos y comités de diverso signo que habían heredado el poder del Estado republicano tras el 18 de julio) hacían lo propio con los partidarios reales o potenciales de los sublevados<sup>19</sup>. Aquí, la represión se abatió con especial crudeza sobre los grupos sociales más identificados con la rebelión: militares, militantes de partidos de derecha, terratenientes y empresarios, clero y católicos en general. Estos sectores —que las fuentes *nacionales* describen como «personas de orden» y que las republicanas reducen a la categoría de «fascistas»— fueron, precisamente, quienes elaboraron los primeros relatos sobre el *terror rojo* a partir de finales de julio.

Entre las primeras víctimas encontramos, así, a empresarios, como el «industrial muy conocido» en Salamanca que regresó allí tras pasar dos meses atrapado en Barcelona a principios de septiembre<sup>20</sup>; a nobles, como el «conocido aristócrata» que atravesó Marsella en dirección a Suiza por las mismas fechas tras un mes de encierro en la Cárcel Modelo de Madrid<sup>21</sup>; y a religiosos, como el carmelita que escapó de Valencia a Zaragoza a mediados de agosto, tras sufrir innumerables peligros<sup>22</sup>. Hay también figuras destacadas del periodismo de la época, como Víctor de la Serna, director del diario *Informaciones*, refugiado en Marsella al mes de la sublevación<sup>23</sup>; o los colabora-

---

<sup>18</sup> KALYVAS, S.: *The logic of violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 55 y ss.

<sup>19</sup> Sobre la violencia en la España republicana, véase CASANOVA, J.: «Rebelión y revolución», en JULIÁ, S. (dir.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 55-179, y la bibliografía allí citada.

<sup>20</sup> *GRS*, 4 de septiembre de 1936.

<sup>21</sup> *GRS*, 2 de septiembre de 1936.

<sup>22</sup> *HA*, 18 de agosto de 1936.

<sup>23</sup> *GRS*, 25 de agosto de 1936.

dores de ABC Jacinto Miquelarena y Wenceslao Fernández Flórez, que salieron de Madrid en 1937 gracias a las gestiones de estados extranjeros. Como ellos, unos 11.000 madrileños se beneficiaron del asilo diplomático durante la contienda: la práctica totalidad de las representaciones acreditadas en la capital adoptaron este medio para proteger a aquellas personas amenazadas por la violencia política imperante durante los primeros meses del conflicto<sup>24</sup>. La evacuación de esta masa humana al extranjero, iniciada a principios de 1937, se prolongó hasta el final de la guerra en abril de 1939. Aún más masiva fue la emigración que tuvo lugar en Barcelona tras el 19 de julio: el número de personas expatriadas, en su mayor parte en barcos italianos o franceses, se ha cifrado en 30.000-50.000<sup>25</sup>. Las autoridades de la Generalitat dieron todo tipo de facilidades a quienes solicitaron permiso para dejar el país, que pronto engrosarían las bases sociales del régimen franquista.

Las víctimas del *terror rojo* debían así su existencia, paradójicamente, a la misma imperfección de este terror, que toleró la pervivencia de una «ciudad clandestina» —la *quinta columna* del general Mola— en la retaguardia republicana, y la salida de España de una enorme cantidad de personas amenazadas<sup>26</sup>. Pero su transformación en uno de los grupos sociales más influyentes de la España *nacional* debe relacionarse también con la estrategia de los dirigentes sublevados. La degeneración del golpe en guerra civil no sólo indujo a los beligerantes a aplastar al enemigo interno, sino también a movilizar a sus partidarios, tanto en España como en el extranjero. Y, de acuerdo con la ética cristiana y con las leyes de la guerra vigentes en la época, la violencia contra la población civil era un elemento clave en esta justificación<sup>27</sup>. Como había sucedido durante la *Gran Guerra*, la información sobre los crímenes de guerra del enemigo se convirtió en un recurso político de enorme importancia para ambos bandos, y las víctimas y testigos de la misma adquirieron un protagonismo excepcional en el

---

<sup>24</sup> RUBIO, J.: *Asilos y canjes durante la Guerra Civil española*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 38 y ss.

<sup>25</sup> DOLL PETIT, R.: *Els catalans de Génova: història de l'èxode i l'adhesió d'una classe dirigent en temps de Guerra*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003, p. 39.

<sup>26</sup> CERVERA, J.: *Madrid en guerra*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 235 y ss.

<sup>27</sup> BEST, G.: *Humanity in Warfare*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 217 y ss.

discurso público sobre el conflicto. Como sugiere la etimología latina de la palabra (*testis* viene de *tristis*, tercero en un pleito), un testimonio no es necesariamente espontáneo, sino que puede ser solicitado por una parte implicada en un pleito judicial o de otra naturaleza<sup>28</sup>. Y en el pleito moral y político que fue la Guerra Civil, cada bando se esforzó por reclutar el mayor número de testigos en defensa de su causa.

La proliferación de testimonios sobre el *terror rojo* que se produjo en la zona *nacional* no fue ajena a la aparición paralela de testimonios sobre el *terror blanco*, o *fascista*, en el territorio controlado por la República desde el mismo verano de 1936<sup>29</sup>. Muchos de ellos serían difundidos en España y en el extranjero por los servicios de propaganda republicanos, junto con pruebas e imágenes de las víctimas civiles provocadas por los bombardeos de la aviación franquista sobre las ciudades en poder de la República<sup>30</sup>. Existe una estrecha relación (que funciona también en el sentido inverso) entre la difusión de estos testimonios y noticias y la decisión de los sublevados de dar publicidad a los crímenes *rojos* que, pese a sus evidentes ventajas, ésta podía afectar negativamente a la moral de la retaguardia. En su charla de 10 de agosto de 1936 por Radio Sevilla, el general Queipo de Llano se vio obligado a justificarla señalando que, lejos de acobardarse, «todo hombre digno de serlo se subleva al oír estos relatos, y lo que desearía es coger entre sus manos a toda esa canalla cobarde y criminal, para destrozarla con uñas y dientes»<sup>31</sup>.

Esta apuesta de los sublevados explica, en gran medida, el aluvión de relatos de este género que inundó la zona *nacional* durante los años bélicos. Tanto el Nuevo Estado como la prensa a su servicio desempeñaron un papel clave en su difusión. Desde el 25 de julio, el *ABC* de Sevilla publicó una serie de crónicas basadas en los testimonios de las víctimas en las localidades recién *liberadas*<sup>32</sup>. La Junta de Defensa Nacional empleó un procedimiento similar, desde el mes siguiente,

<sup>28</sup> MAUSEN, Y., y GOMART, T.: «Témoins et témoignages», *Hypothèses*, 1 (1999), pp. 69-79 (p. 69).

<sup>29</sup> *ABC*, Madrid, 30 de julio de 1936, 31 de julio de 1936, 27 de agosto de 1936, 17 de octubre de 1936, 14 de diciembre de 1936, 11 de febrero de 1937, etcétera.

<sup>30</sup> GARCÍA, H.: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 146-148.

<sup>31</sup> Citado en GIBSON, I.: *Queipo de Llano. Sevilla 1936*, Barcelona, Grijalbo, 1986, p. 330.

<sup>32</sup> *ABC*, Sevilla, 25 de julio de 1936, 31 de julio de 1936 y 3 de agosto de 1936.

para elaborar el conocido *Avance del Informe Oficial sobre los asesinatos, incendios y demás depredaciones y violencias cometidos en algunos pueblos del mediodía de España por las bordas marxistas al servicio del llamado gobierno de Madrid*, una recopilación de crímenes basada en encuestas realizadas entre «vecinos dignos de crédito» de cada localidad conquistada y que tuvo siete secuelas hasta el final de la guerra<sup>33</sup>. Los relatos de víctimas sirvieron también de base a las publicaciones sobre la persecución religiosa compuestas por encargo del Estado franquista, como el libro homónimo redactado por el mallorquín Joan Estelrich a partir de testimonios obtenidos entre los eclesiásticos catalanes refugiados en Italia tras el 19 de julio<sup>34</sup>. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero los citados bastan para ilustrar la fuerte demanda de testimonios existente en la España *nacional*. La búsqueda de relatos fue pública y notoria: a principios de diciembre de 1936, los principales diarios de la zona *nacional* reprodujeron un anuncio de la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca que solicitaba «fotografías y documentos probatorios de la barbarie del terrorismo rojo»<sup>35</sup>.

El fenómeno puede explicarse también por el lado de la oferta, pues muchos testimonios fueron voluntarios. Manuel Cubillo, habitante de Baena y oyente de las charlas del general Queipo de Llano, escribió a éste a mediados de agosto de 1936 para ofrecerse como testigo ocular de los crímenes cometidos por los «comunistas» contra su familia por su condición de abogado de la Comunidad de Labradores de la localidad<sup>36</sup>. Tras abandonar la España republicana por Barcelona y llegar a Lisboa, en septiembre de 1936, Joaquín Romero Marchent se presentó ante los representantes de los sublevados en la ciudad, que le encargaron dar un par de charlas sobre su experiencia por la Radio Nacional Portuguesa<sup>37</sup>. Los relatos de algunos *catalanes de Génova* sugieren que algunos de estos testimonios eran una forma de hacer méritos ante las autoridades *nacionales*: las declaraciones de adhesión a Franco y las condenas del separatismo catalán repetidas

<sup>33</sup> ESPINOSA, F.: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 206-207. Un buen resumen de las distintas entregas, en SEVILLANO, F.: *Rojos...*, *op. cit.*, pp. 43-61.

<sup>34</sup> MASSOT, J.: *Els intel·lectuals mallorquins davant el franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 100-104.

<sup>35</sup> ABC, Sevilla, 2 de diciembre de 1936.

<sup>36</sup> ABC, Sevilla, 29 de noviembre de 1936.

<sup>37</sup> ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo*, Valladolid, Santarén, 1937, pp. 192 y ss.

por E. Puig Mora en su crónica sobre la Barcelona revolucionaria fueron, seguramente, el precio que éste tuvo que pagar por un pasaporte y un certificado de buena conducta<sup>38</sup>. Como la Salamanca que evoca Luis Moure Mariño en sus memorias, las principales ciudades de la España *nacional* se llenaron tras el 18 de julio de refugiados de la zona enemiga que «trataban de incrustarse en la naciente organización del Estado»<sup>39</sup>. La condición de víctima de los *rojos* era, sin duda, una excelente baza para el ascenso social, aunque muchas tuviesen un puesto asegurado dentro de la elite del *Movimiento* por otras razones. El ejemplo obvio es Ramón Serrano Súñer, cuñado del *Caudillo* y amigo íntimo de José Antonio Primo de Rivera, que se transformó en el hombre fuerte del régimen tras ser evacuado de Madrid por la legación holandesa a principios de 1937.

Gracias a la condición social de las víctimas, y a la fuerte demanda de testimonios existente en la España *nacional*, sus relatos se transformaron pronto en uno de los géneros más boyantes del panorama editorial de la nueva España<sup>40</sup>. Desde finales de 1936 fueron publicados por las principales editoriales de Burgos, Salamanca, Ávila, Valladolid, Sevilla, Cádiz, Córdoba, Pamplona, Zaragoza y San Sebastián. Algunos fueron difundidos por radio, como el de Manuel Dordá, leído por entregas por Radio Ávila a principios de agosto de 1937<sup>41</sup>. El notable éxito de público cosechado por novelas como *Retaguardia*, de Concha Espina (que conoció cuatro ediciones entre 1937 y 1939) y *Madrid de Corte a Checa*, de Agustín de Foxá (reeditada en 1938 y traducida luego al alemán), atrajo a muchos escritores en busca de fama. La consolidación del género dio lugar incluso a especialistas, como el catalán Antonio Pérez de Olaguer, que entre 1937 y 1939 publicó hasta tres obras sobre el tema ambientadas en distintas regiones de la España republicana<sup>42</sup>. El *terror rojo* se convirtió, en definitiva, en uno

---

<sup>38</sup> PUIG MORA, E.: *La tragedia roja en Barcelona: memorias de un evadido*, Zaragoza, Librería General, 1937.

<sup>39</sup> MOURE MARIÑO, L.: *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos*, A Coruña, Edición do Castro, 1989, p. 98.

<sup>40</sup> MARTÍNEZ CACHERO, J. M.: *Liras entre lanzas. Historia de la literatura «nacional» en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia, 2009, pp. 11-36.

<sup>41</sup> DORDÁ, M.: *Del diario de un evadido de Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigrano Díaz, 1937.

<sup>42</sup> PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1937; *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938; *El terror rojo en la Montaña*, Barcelona, Editorial Juventud, 1939.

de los grandes fenómenos culturales del conflicto, incluyendo ambas zonas de España. La literatura testimonial republicana no parece haber alcanzado una amplitud similar, quizá porque las personas que habrían podido escribirla rara vez fueron *liberadas*<sup>43</sup>.

### Testimonio y ficción en los relatos del *terror rojo*

Existe una copiosa bibliografía sobre la tenue frontera que separa el testimonio de la literatura, o sobre el carácter necesariamente literario de todo testimonio<sup>44</sup>. El caso que nos ocupa ilustra cómo una experiencia básicamente trágica, como las desventuras de algunas *personas de orden* durante la revolución española, puede adquirir un sentido épico y aun trascendente a través de la literatura. Los testimonios sobre el *terror* evolucionaron de manera gradual hacia la ficción, atravesando etapas intermedias como el testimonio novelado. Desde muy pronto, los relatos reflejan la autoconciencia de sus autores como literatos. De ahí que muchos testigos nieguen cualquier pretensión artística, subrayando su inexperiencia en el terreno literario y solicitando la benevolencia del lector<sup>45</sup>. En su crónica sobre el Madrid *rojo*, Manuel Dordá reconoce su falta de experiencia literaria y su deseo de complacer a oyentes ávidos de «relatos de crímenes y torturas» y «episodios humorísticos», dentro de su propósito de ser absolutamente veraz<sup>46</sup>. Otros testigos no pueden evitar aludir a los autores que les han servido de inspiración: el diario de Julio Guillén sobre su encierro en la cárcel Modelo de Madrid entre septiembre y noviembre de 1936 cita expresamente *El Conde de Montecristo*<sup>47</sup>. Las crónicas escritas por Jacinto Miquelarena para el *ABC* de Sevilla tras su salida de Madrid en febrero de 1937, firmadas con el pseudónimo

---

<sup>43</sup> La falta de espacio nos impide abordar el tema con más detalle. He analizado algunos de estos relatos en «Los testimonios sobre la represión franquista: la mirada de las víctimas y la judicialización de la historia», *Historia y Política*, 14 (2005), pp. 283-290.

<sup>44</sup> COQUIO, C.: «L'émergence d'une littérature de non-écrivains: les témoignages de catastrophes historiques», *Revue d'histoire littéraire de la France*, 103-2 (2003), pp. 343-363.

<sup>45</sup> FONTERIZ, L.: *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*, Ávila, Tip. de Senén Martín Díaz, 1937, pp. 1-4.

<sup>46</sup> DORDÁ, M.: *Del diario de un evadido...*, op. cit.

<sup>47</sup> GUILLÉN, J.: *Del Madrid rojo*, Cádiz, 1937, p. 31.

de «El fugitivo», marcan un hito en la aparición del testimonio novelado y en la construcción de una imagen romántica del testigo<sup>48</sup>. Con todo, la narración se plantea aún como una crónica periodística, forma que Miquelarena sustituyó por la novela en un relato sobre los mismos hechos publicado al año siguiente, en el que contaba su experiencia en la Embajada argentina en Madrid (omitida, quizá por razones políticas, en su libro de 1937)<sup>49</sup>. Su colega de *ABC* Wenceslao Fernández Flórez hizo exactamente lo mismo con su novela *Una isla en el mar rojo* (1939), que contiene muchos pasajes idénticos a su crónica *O terror vermelho* (1938), basada a su vez en artículos publicados en el *Diario de Notícias* de Lisboa.

Los relatos sobre el *terror rojo* —sean testimonios, testimonios novelados o novelas— comparten, así, los rasgos que caracterizan a la novela *nacional* durante la guerra, empezando por su tono combativo e ideológico<sup>50</sup>. En ellos se detecta claramente la influencia de numerosos géneros literarios de la época: el folletín o novela popular, la novela de aventuras, la novela de crímenes o la novela carcelaria<sup>51</sup>. Su carácter conscientemente literario, que explica su éxito entre el público *nacional*, plantea un desafío metodológico considerable. Por mucho que el historiador recurra al método crítico propuesto por Bloch —evaluar la coherencia interna de cada testimonio, compararlos entre sí, cotejarlos con otras fuentes—, en última instancia debe fiarse de su intuición. Desde este punto de vista, puede resultar útil distinguir entre la información estrictamente testimonial que proporcionan los relatos y la procedente de otras fuentes. Los textos dicen mucho sobre los distintos aspectos de la vida en la zona republicana, desde la alta política a la revolución social, pasando por la vida cotidiana, el papel de la prensa, la ayuda soviética y, claro está, los principales episodios de la represión (los *paseos*, las *sacas* de presos, la persecución religiosa). Pero esta información —que a menudo coincide con la que conocemos a través de los historiadores— no siempre pro-

<sup>48</sup> MIQUELARENA, J.: *Cómo fui ejecutado en Madrid, Ávila*, Imprenta Católica Sigriliano Díaz, 1937.

<sup>49</sup> MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, Burgos, Imprenta Aldecoa, 1938.

<sup>50</sup> Véanse THOMAS, G.: *The novel of the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 17-29; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la literatura fascista española*, vol. 1, Madrid, Akal, 2008, pp. 147-427; y MARTÍNEZ CACHERO, J. M.: *Liras entre lanzas...*, *op. cit.*, pp. 275-327.

<sup>51</sup> THOMAS, G.: *The novel of...*, *op. cit.*, pp. 34-35.

cede de la experiencia directa del autor. Esta condición del relato testimonial, que explica la reputación de que ha gozado desde la Antigüedad, impone unos límites a lo que puede ser contado en calidad de testigo. En la literatura sobre el *terror* hay una tensión clara entre la voluntad de veracidad y la tentación de contarlo todo, que la mayor parte de las veces se resuelve en la segunda dirección.

Es cierto, no obstante, que los textos proporcionan una gran cantidad de información valiosa sobre sus autores. Y no sólo para deducir los motivos que les indujeron a dar testimonio. Las historias ilustran, ante todo, la indefensión en que quedaron muchas personas en las principales ciudades republicanas tras el desmoronamiento de la legalidad republicana que siguió al golpe militar, y las desventuras que corrieron desde entonces hasta su huida: interrogatorios, amenazas, arrestos...<sup>52</sup>. La crónica de Félix Ros sobre su estancia en la *checa* barcelonesa de Vallmajor entre junio de 1938 y febrero de 1939 constituye un modelo de sinceridad, que comienza por confesar el motivo de su encierro: Ros era miembro de un grupo de la quinta columna de Barcelona, aunque se cuidase mucho de ocultárselo a sus carceleros<sup>53</sup>. Las víctimas tampoco ocultan el miedo que sintieron durante su estancia en territorio *rojo*. Un motivo frecuente de miedo era la inminencia de un registro, que evocaba automáticamente imágenes de prisión, tortura y muerte. Tras la parada de un automóvil ante el domicilio o el sonido del timbre, señalaba un evadido de Madrid a principios de 1937, «el corazón dejaba de latir y todos nos abrazábamos, esperando nuestra última hora»<sup>54</sup>. Los refugiados en las embajadas de la capital sentían algo similar ante la posibilidad de que éstas fuesen asaltadas por «la Horda»<sup>55</sup>. El mismo sentimiento domina los textos de Fernández Flórez sobre su estancia en las embajadas argentina y holandesa: «no pasé un solo día ni una hora sin sentir esa angustia incomparablemente torturadora del terror, que a veces estaba latente y a veces se reavivaba..., y que no se puede referir»<sup>56</sup>. El miedo alcanza su paroxismo en los relatos de los presos de Málaga, Bil-

---

<sup>52</sup> FERRANDIS LUNA, S.: *Valencia roja*, Burgos, Editorial Española, 1938, pp. 17-83; OLANDA SPENCER, M.: *Prisionera del soviét*, San Sebastián, 1938, *passim*.

<sup>53</sup> ROS, F.: *Preventorio D.*, Barcelona, Yunque, 1939.

<sup>54</sup> ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937.

<sup>55</sup> MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, *op. cit.*, pp. 116 y ss.

<sup>56</sup> FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla en el mar rojo*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 52.

bao y Santander, que coinciden en recordar la angustiosa espera de una *saca* que podía acabar con su vida<sup>57</sup>. Pero podía referirse también a la suerte de seres queridos, como el experimentado por Concha Espina (madre del mencionado Víctor de la Serna) en los días posteriores a la matanza de presos cometida en el barco-prisión *Alfonso Pérez* en Santander a finales de diciembre de 1936: «toda la comarca está en trance de desolación, en espera, la más angustiosa, de noticias. No hay quien no tenga en el barco y en los penales, parientes, amigos, si no son los más allegados»<sup>58</sup>. Las alusiones al miedo en esta literatura son demasiado frecuentes como para tacharse de mero artificio literario: las cartas escritas por el conde de Foxá a su familia tras su salida de Madrid en septiembre de 1936 reflejan un sentimiento muy similar sobre los 48 días de «horror» que vivió el escritor en el «infierno» de la capital, sintiendo «las angustias del condenado a muerte», hasta cruzar la frontera francesa gracias a su pasaporte diplomático<sup>59</sup>. El papel determinante del miedo en los comportamientos colectivos a lo largo de la historia está bien documentado, y el tema que nos ocupa es un buen ejemplo del carácter irracional que, forzosamente, tuvieron muchas acciones y percepciones durante la guerra civil<sup>60</sup>.

La literatura sobre el *terror* se alimentó del miedo y de su reverso, la cólera: la «santa indignación» que, según Queipo de Llano, debía sentir cualquier persona de bien al enterarse de los crímenes *rojos*; la indignación «abrumadora» que Concha Espina dice haber sentido al revivir los «episodios infrahumanos» del *Alfonso Pérez* a través de un testigo directo, y de la que trató de librarse escribiendo *Retaguardia*<sup>61</sup>. En los relatos ambas emociones aparecen vinculadas a la persecución

<sup>57</sup> GARCÍA ALONSO, F.: *Mis dos meses de prisión en Málaga*, Sevilla, Tip. M. Carmona Velázquez, 1936, pp. 37-42; RODRÍGUEZ DEL CASTILLO, J.: *Vida y muerte en las cárceles rojas*, Tudela, Imprenta Católica Larrad, 1937, pp. 91 y ss. y 171-178; MAZORRA SEPTIEN, J. J.: *57 Semanas de angustia*, Santander, Imprenta Casa Maestro, 1937.

<sup>58</sup> ESPINA, C.: *Esclavitud y libertad: diario de una prisionera*, Valladolid, Reconquista, 1938, p. 160.

<sup>59</sup> Reproducidas en FOXÁ, A.: *Obras completas*, vol. 3, Madrid, Prensa Española, 1976, pp. 150-159.

<sup>60</sup> DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 12-49. Sobre España, véanse PÉREZ LEDESMA, M.: «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros», en FOLGUERA, P. (coord.): *Otras visiones de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993, pp. 27-64; y REY REGUILLO, F.: «El empresario, el sindicalista y el miedo», en PÉREZ LEDESMA, M., y CRUZ, R. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 235-272.

<sup>61</sup> ESPINA, C.: *Esclavitud y...*, *op. cit.*, pp. 190-191.

sufrida por sus autores o, más frecuentemente, por otras personas. El diario de Espina sobre el año de «esclavitud» que pasó en Luzmela tras el 18 de julio, publicado tras la entrada de las tropas *nacionales* en la región en septiembre de 1937, ilustra bien la importancia del rumor en la difusión de noticias de atrocidades durante la guerra<sup>62</sup>. Espina registra también las historias de crímenes *rojos* contadas por el general Queipo de Llano en sus charlas por Radio Sevilla desde finales de julio de 1936, como hacen otros autores. Muchos refugiados en las embajadas de Madrid aluden a las charlas de Queipo, que un autor anónimo asegura haber escuchado «con emoción y esperanza» desde su refugio<sup>63</sup>. Los protagonistas de *Madrid de Corte a cheka* salían de escuchar Radio Sevilla «como iniciados que acaban de comunicar con otro mundo»<sup>64</sup>. Los asilados vivían el *terror rojo* a través de sus únicos vínculos con el mundo exterior: las noticias traídas por otros refugiados, la prensa (extranjera, republicana o *nacional*) y la radio (*nacional*)<sup>65</sup>. Pocos detalles reflejan mejor la extraordinaria complejidad de la construcción de una cultura de guerra en las circunstancias de 1936-1939: la propaganda de los *nacionales*, basada en buena medida en testimonios de las víctimas del *terror rojo*, era escuchada (y aparentemente asimilada) por otras *víctimas* situadas a cientos de kilómetros de distancia.

Los relatos proporcionan, así, una gran cantidad de información de primera mano, aunque ésta esté casi siempre integrada en una construcción literaria. La ficción comienza por la misma figura del testigo; las historias están dominadas por la preocupación de convencer al lector de la veracidad de los hechos narrados. A menudo, la forma del relato constituye en sí una garantía: la crónica de Julio Guillén, *el preso 831*, sobre su paso por la Modelo de Madrid en el otoño de 1936 aseguraba estar basada en notas tomadas por el autor durante su cautiverio, una idea copiada en relatos posteriores<sup>66</sup>. En otras ocasiones, la presencia del narrador en el escenario del crimen tiene que ser

---

<sup>62</sup> ESPINA, C.: *Esclavitud y...*, op. cit., pp. 35, 61, 157-158, 163, 175 y 190-191. Cfr. KAPFERER, J.-N.: *Rumeurs. Le plus vieux média du monde*, París, Editions du Seuil, 1987.

<sup>63</sup> ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937; NEVILLE, E.: «Novela sobre la revolución de julio en Madrid», *Vértice*, 4 (1937).

<sup>64</sup> FOXÁ, A.: *Madrid de corte a cheka*, Burgos, Jerarquía, 1938, p. 324.

<sup>65</sup> MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, op. cit., p. 144.

<sup>66</sup> GUILLEN, J.: *Del Madrid rojo*, op. cit.

subrayada expresamente para conjurar la previsible incredulidad del lector. Muchos relatos expresan, de una u otra forma, la idea expuesta por María de Cardona en una conferencia pronunciada en París en junio de 1937, tras su salida de Madrid, y editada por un comité profranquista francés: «No les hablo de lo que me han contado, sino de aquello a lo que he asistido, de las lágrimas que he visto correr, de los grandes sacrificios y de los crímenes de los que he sido testigo»<sup>67</sup>. Y esto sucede incluso en los textos más claramente literarios, en la narración de sucesos que, de acuerdo con su propia información, el autor no pudo presenciar. Muchos *testigos* resuelven el problema poniendo la historia en boca de una víctima directa, como había hecho el periodista Manuel Sánchez del Arco al contar la historia de la matanza de presos cometida en El Arahál el 22 de julio de 1936 a través del testimonio del cura del pueblo, superviviente de la tragedia<sup>68</sup>. El relato del superviviente, mezcla ideal de veracidad e inmediatez, se convirtió pronto en el punto de vista canónico en esta literatura. Una colección de cuentos escrita por el antiguo diputado radical Joaquín Pérez Madrigal y publicada en 1937 incluye la historia de un *paseo* a las afueras de Madrid contada al narrador por uno de los *paseados*, que cae al suelo antes de ser herido y queda sepultado bajo los cuerpos de sus compañeros<sup>69</sup>. *Madrid bajo las bordas*, escrita en 1938 por Fernando Sanabria, se presenta también como el relato de un testigo directo, evadido tras sobrevivir a su propio fusilamiento, y entregado a un amigo para su publicación, un recurso similar al utilizado en novelas clásicas como el *Quijote*, *Robinson Crusoe* o *Los viajes de Gulliver*. La obra está llena de apelaciones a la credulidad del lector, como las que encabezan la descripción de la revolución en Madrid: «Parece que estamos viviendo una novela truculenta; que, de repente, se han hecho realidad las descripciones de la literatura rusa que siempre creímos exagerada...»<sup>70</sup>.

<sup>67</sup> CARDONA, M.: *La terreur à Madrid*, París, Les Amis de l'Espagne Nouvelle, 1937, p. 21.

<sup>68</sup> «El horror rojo de Arahál», *ABC*, Sevilla, 25 de julio de 1936; cfr. *Avance del Informe Oficial sobre los asesinatos, incendios y demás depredaciones y violencias cometidos en algunos pueblos del mediodía de España por las bordas marxistas al servicio del llamado gobierno de Madrid*, Burgos, Junta de Defensa Nacional, 1936, pp. 7-8; y PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Andalucía*, op. cit., pp. 58-78.

<sup>69</sup> PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras de la tragedia*, Ávila, Imprenta Católica Sigiriano Díaz, 1937, pp. 125-140.

<sup>70</sup> SANABRIA, F.: *Madrid bajo las bordas*, Ávila, SHADE, 1938, p. 40.

El conflicto entre veracidad y dramatismo que late en los relatos se plantea con especial agudeza en la descripción de las atrocidades *rojas*. Los imperativos del género testimonial chocan aquí de manera directa con la tentación de ofrecer a los lectores hechos capaces de ilustrar la ferocidad del enemigo y suscitar la «santa indignación» loada por Queipo de Llano. La poeta norteamericana Gamel Woolsey, que residía en Málaga junto a su marido Gerald Brenan al comienzo de la guerra, subrayó ya en 1939 el carácter morboso de muchas de estas historias, que definió como una auténtica «pornografía de la violencia»<sup>71</sup>. Para explotar a fondo este recurso, muchos autores optan por enriquecer el testimonio con elementos fantásticos. La novela *Nueve meses con los rojos*, un relato sobre la revolución en Madrid «auténtico y vivido por la autora», Ana María de Foronda, llama la atención por su elaborada estructura, la combinación de los puntos de vista de la pareja protagonista (un médico encerrado en la Modelo y su mujer enfermera, que trata de sacarle de allí) y la discontinuidad temporal. La obra cuenta hechos rigurosamente históricos, como la masacre cometida en la cárcel el 22 de agosto de 1936 y las *sacas* de presos de noviembre-diciembre, junto a atrocidades aparentemente sacadas de la literatura popular o de la historia sagrada. Entre ellas, la historia según la cual los milicianos de Madrid habían arrojado a varios presos a los leones de la Casa de Fieras del Retiro, reproducida con variaciones de detalle y de lugar por otros autores<sup>72</sup>. La amplitud sin precedentes de la violencia anticlerical que acompañó a la revolución española, y su carácter ritualizado, explican la búsqueda de referentes históricos que pudiesen resultar familiares a los lectores<sup>73</sup>.

Analizar aquí la veracidad de las innumerables atrocidades que los testigos atribuyen a los *rojos* resulta, claro está, inviable, pero todo indica que muchas de ellas se inspiraron en rumores o en fuentes literarias. Las barbaridades que fueron cometidas en la zona republicana

---

<sup>71</sup> WOOLSEY, G.: *El otro reino de la muerte*, Málaga, Ágora, 1994 [*Death's other Kingdom*, 1939], pp. 123-124.

<sup>72</sup> FORONDA, A.: *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigiriano Díaz, 1937, p. 106; PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras...*, *op. cit.*, pp. 163-172; PUIG MORA, E.: *La tragedia roja...*, *op. cit.*, p. 72.

<sup>73</sup> VINCENT, M.: «The Keys to the Kingdom: Religious Violence in the Spanish Civil War», en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 68-89.

durante los meses iniciales de la guerra han sido bien documentadas, aunque los especialistas coinciden en que las fuentes no siempre permiten distinguir entre casos reales e imaginarios<sup>74</sup>. Lo mismo puede decirse de muchas historias testimoniales difundidas durante el conflicto que, en algunos casos, se contradicen entre sí, como sucede con dos testimonios sobre el asesinato del general Eduardo López Ochoa en Madrid en agosto de 1936 aparecidos en la prensa *nacional*. De acuerdo con el primero, procedente de un español refugiado en Lisboa a finales de agosto, el oficial había sido fusilado en su cama del hospital militar de Carabanchel, donde se recuperaba de una enfermedad<sup>75</sup>. El segundo, publicado más de dos años después en la revista *Vértice*, señalaba en cambio que había sido sacado de su cama por una muchedumbre de milicianos anarquistas, llevado hasta el vecino Cerrillo de Almodóvar y fusilado<sup>76</sup>. Ambos testigos coincidían, por otra parte, en que la víctima había sido decapitada y su cabeza clavada en una estaca y exhibida por las calles de la capital (un episodio que, por su truculencia y sus resonancias a la Revolución Francesa, se convertiría en uno de los más célebres en esta literatura). La misma combinación de elementos reales y míticos puede encontrarse en la historia de Juan Mesoneros, párroco del Hornillo, Ávila, contada por el canónigo Aniceto de Castro Albarrán en abril de 1938, según la cual el religioso había sido banderilleado por los *rojos* en un simulacro de corrida, fusilado y enterrado vivo<sup>77</sup>. En un libro publicado un año antes y basado en entrevistas con testigos de hechos similares en diversas localidades castellanas, el jesuita Teodoro Toni señalaba, en cambio, que Mesoneros había sido apresado por «mozalbetes del pueblo», pinchado con una lezna y finalmente fusilado. En relación con los rumores sobre la corrida, Toni añadía que «no lo[s] hemos podido comprobar»<sup>78</sup>. El elemento mítico que, en este caso, está obviamente

---

<sup>74</sup> RANZATO, G.: «La guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en RANZATO, G.: *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 268-303 (p. 272).

<sup>75</sup> GRS, 25 de agosto de 1936.

<sup>76</sup> RODRÍGUEZ DE RIVAS, M.: «Notas y relato de un testigo de la muerte del general López Ochoa», *Vértice*, 16 (1938).

<sup>77</sup> CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo. Héroes y mártires de la cruzada española*, Salamanca, Cervantes, 1938, pp. 251-254.

<sup>78</sup> TONI, T.: *Iconoclastas y mártires. Por Ávila y Toledo*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1937, pp. 31-32.

extraído del folclore español, procede en otros de la historia sagrada: varios relatos publicados en España e Inglaterra incluyen historias de sacerdotes y seglares católicos crucificados en Andalucía y Extremadura, aunque casi ninguno cite los nombres de las víctimas<sup>79</sup>.

## Estampas rojas y caballeros blancos

Las influencias literarias perceptibles en los relatos de crímenes son más visibles si cabe en la descripción de los criminales. En términos generales, los *rojos* que evocan las historias se ajustan a los estereotipos dominantes en el pensamiento conservador de la época y en la propaganda bélica de los sublevados: la ideología de los autores, la presión social y la fuerte censura existentes en la España *nacional* pueden explicar esta sintonía, que trasciende las familias y las tendencias políticas. Como ha advertido Ucelay al analizar la propaganda rebelde, la mayoría de los testigos se inspiraron en el «mito de los bárbaros» forjado por la literatura romántica francesa durante el siglo XIX a partir de los escritos de *émigrés* como el abate Barruel<sup>80</sup>. La emigración *blanca* de 1789 fue, en efecto, un punto de referencia básico para los evadidos de la España *roja*, de orígenes sociales similares a los de sus ilustres antecesores y enfrentados a un enemigo que reivindicaba muchas de las ideas de los revolucionarios franceses. Pero la transposición de estereotipos no fue automática, por dos razones. En primer lugar porque, como señala el mismo Ucelay, el mito de los «bárbaros» se había transformado desde el siglo XIX en respuesta a acontecimientos históricos tan decisivos como la Revolución Rusa. Ésta había generado otro terror, otra guerra civil y otra oleada de *émigrés*, que habían difundido por toda Europa una imagen de la revolución con ecos del pasado, pero también con muchos elementos nuevos<sup>81</sup>.

<sup>79</sup> ABC, Sevilla, 1 de octubre de 1936; CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit., pp. 161-166; *The Universe*, 28 de agosto de 1936.

<sup>80</sup> UCELAY, E.: «Ideas preconcebidas...», op. cit.; MICHEL, P.: *Un mythe romantique. Les barbares, 1789-1848*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1981.

<sup>81</sup> AVILÉS FARRÉ, J.: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 69 y ss. Entre las publicaciones del género editadas en nuestro país destacan POPOV, G. K.: *La Inquisición roja. La cheka. El Estado dentro del Estado*, Madrid, Aguilar, s. a. [original Berlín, 1924]; MELGUNOV, S. P.: *El terror rojo (1918-1924)*, Madrid, Caro Raggio, 1927; y ESSAD BEY

Entre ellos figuraba el estonio Alfred Rosenberg, que tanta influencia tendría en la formulación de la ideología nazi sobre temas como el bolchevismo y el racismo<sup>82</sup>. Por otra parte, los *rojos* españoles no eran ni los jacobinos de 1793 ni los bolcheviques de 1917, por mucho que se les pareciesen: su aspecto físico, su lenguaje, sus símbolos y sus métodos sólo podían ser transmitidos mediante nuevas palabras y nuevas imágenes. La Revolución de Octubre de 1934 en Asturias ofrecía un precedente mucho más cercano, y la interpretación que hizo de ella la prensa y la literatura conservadora y católica recuerda mucho a la que harían de la de 1936<sup>83</sup>. La literatura *nacional* se construyó, en definitiva, con ingredientes de diversas procedencias pero la mezcla resultante tuvo mucho de original.

Los textos muestran claramente que la revolución española fue vista por muchos conservadores como una repetición de la francesa de 1789. Esto se aprecia no sólo en historias como la decapitación del general López Ochoa, ya citada; o en la guillotina que, de acuerdo con varios testigos, fue utilizada en distintas localidades catalanas durante los primeros meses de la revolución<sup>84</sup>. Al aludir a su estancia en una cárcel *roja* en Madrid, el testigo anónimo entrevistado en el *ABC* de Sevilla a mediados de febrero habla de «viejas estampas del 93, redivivas»<sup>85</sup>. El abogado montañés José Joaquín Mazorra compara también los *paseos* de Santander con las masacres de 1792<sup>86</sup>. Y Antonio Guardiola describe a los milicianos que salieron a la calle en Barcelona tras el 19 de julio como «verdaderas estampas de la Revolución francesa», aunque ésta, a su juicio, no había generado «tanta iniquidad, tanta barbarie...»<sup>87</sup>. El recuerdo de la gran revolución está especialmente presente en la citada novela de Fernández Flórez sobre el

---

(pseudónimo de Leo Noussimbaum): *La policía secreta de los Soviets (Historia de la GPU)*, Madrid, Espasa Calpe, 1935.

<sup>82</sup> KELLOG, M.: *The Russian Roots of Nazism. White Émigrés and the Making of the National-Socialist Movement*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

<sup>83</sup> CALERO, A. M.: «Octubre visto por la derecha», en *VVAA: Octubre 1934*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 159-176; y BUNK, B.: *Ghosts of passion: martyrdom, gender and the origins of the Spanish Civil War*, Durham, Duke University Press, 2007, pp. 34-60.

<sup>84</sup> *ABC*, Sevilla, 29 de noviembre de 1936; PUIG MORA, E.: *La tragedia roja...*, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>85</sup> *ABC*, Sevilla, 16 de febrero de 1937.

<sup>86</sup> MAZORRA SEPTIEN, J. J.: *57 Semanas de angustia*, *op. cit.*, pp. 120-121.

<sup>87</sup> GUARDIOLA, A.: *Barcelona en poder del soviet (el infierno rojo): relato de un testigo*, Barcelona, Maucci, 1939, pp. 39 y 42.

Madrid de 1936-1937, que comienza con el protagonista y su prometedora contemplando escenas sobre el terror jacobino en el Cine Capitol antes de la guerra y especulando con la posibilidad de que en España pudiese suceder algo similar. Cuando sus temores se cumplen, el protagonista abandona su domicilio llevándose la biografía de María Antonieta escrita por Stefan Zweig<sup>88</sup>.

Estas alusiones apuntan a una de las fuentes de inspiración directas de estos relatos: las novelas británicas sobre la Revolución Francesa y, más concretamente, las versiones cinematográficas de las mismas estrenadas en España antes de la guerra. En otro pasaje de su citada novela, Fernández Flórez hace referencia a Dickens, autor de *Historia de dos ciudades*, la gran novela inglesa sobre la Francia de 1789. La obra había sido llevada al cine por quinta vez en 1935 y estrenada en España dos semanas antes del 18 de julio<sup>89</sup>. En enero, justo antes de las elecciones del Frente Popular, los espectadores españoles habían tenido la oportunidad de ver una versión de otro clásico sobre el tema: *Pimpinela Escarlata*<sup>90</sup>. La obra de la baronesa Orczy sobre las peripecias de un aristócrata británico dedicado a salvar a sus pares franceses de *Madame Guillotine* en el París de 1793, bien conocida por los lectores españoles, había sido filmada (también por quinta vez) en 1935, con Leslie Howard en el papel de Sir Percy Blakeney<sup>91</sup>. De ahí que muchos relatos publicados durante la Guerra Civil se presenten como un combate entre «elegantes pimpinelas escarlatas y sangrientos tribunales revolucionarios», por utilizar la ingeniosa fórmula de Ucelay<sup>92</sup>. Pero los estereotipos de la literatura contrarrevolucionaria —el horror de la guillotina, la barbarie de las masas parisinas, la crueldad fanática de los terroristas— llegaron a España a través de un doble filtro: la novela británica y Hollywood.

La influencia de estas diversas tradiciones, en cualquier caso, se advierte claramente en los relatos, empezando por el léxico que em-

<sup>88</sup> FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, op. cit., pp. 9-15 y 68.

<sup>89</sup> DUPUY, P.: «La difusión des stéréotypes révolutionnaires dans la littérature et le cinéma anglo-saxons (1789-1989)», *Annales historiques de la Révolution française*, 305-1 (1996), pp. 511-528; *La Vanguardia* [LV], 4 de julio de 1936.

<sup>90</sup> LV, 5 de enero de 1936.

<sup>91</sup> Cfr. REPARAZ, F.: *La pimpinela escarlata. Novela de la Revolución francesa*, Madrid, 1924, versión popular española del drama original de 1905.

<sup>92</sup> UCELAY, E.: «La imagen internacional de España en el periodo de entreguerras: reminiscencias, estereotipos, dramatización neorromántica y sus consecuencias historiográficas», *Spagna contemporanea*, 15 (1999), pp. 23-52 (p. 45).

plean para referirse a los *rojos* («horda» u «hordas», «turbas», «chusma», «canalla», «gentuza», «patibularios», «hez social»), en el que no faltan las imágenes deshumanizadoras («monstruos», «fieras», «bestias»...) tan habituales en la propaganda bélica de los sublevados (y de sus adversarios). La literatura sobre el *terror* presenta, asimismo, un rico repertorio de imágenes del pueblo, en las que la descripción de la revolución española se reviste de connotaciones negativas y siniestras. La imagen del pueblo en armas en los primeros días del conflicto, en concreto, aparece de manera recurrente y obsesiva, como una premonición de todo lo demás<sup>93</sup>. Las crónicas ambientadas en Madrid suelen incluir descripciones como la realizada por el testigo disfrazado bajo el pseudónimo Luis de Fonteriz en un libro fechado en marzo de 1937: «Corría la gente por las calles, los comercios y establecimientos se cerraron, una turba inmensa de hombres y mujeres de aspecto terrible... gritaban como enloquecidos *¡armas, armas!...*»<sup>94</sup>. Romero Marchent describe los primeros momentos de la revolución en la capital en términos similares: «Yo ví marchar por la carretera de Aragón algunos de estos camiones cargados de odio. Desde lo alto, gritaban: ¡U. H. P.! ¡U. H. P.! *Rusia, sí. Patria, no...* Otra vez nos habían invadido los bárbaros»<sup>95</sup>. Se trata del mismo «Madrid terrible de odio, de nerviosidad» que encuentra el José Félix Carrillo de Foxá al regresar de Lisboa en mayo de 1936 y presenciar «los primeros desfiles proletarios» del Frente Popular desde un balcón de la calle Magdalena<sup>96</sup>. Fernández Florez, a su vez, evoca a la «plebe exaltada, feroz, que invadía las calles, pasaba en camiones, escalaba los techos de los tranvías y lucía con petulancia amenazadora sus instrumentos de muerte»<sup>97</sup>. El relato de Pérez de Olaguer sobre la revolución en Barcelona contiene imágenes muy similares, mezcladas con comentarios sobre sus responsables: «rusos, franceses y mejicanos..., comunistas, judíos y masones»<sup>98</sup>.

La mayor parte de los textos ambientados en Madrid comentan, también con horror, la despreocupación del *pueblo* ante los paseos del

<sup>93</sup> FERNÁNDEZ ARIAS, A.: *Madrid bajo el terror*, Zaragoza, Librería General, 1937, pp. 41-43.

<sup>94</sup> FONTERIZ, L.: *Seis meses...*, op. cit., 1937, p. 14.

<sup>95</sup> ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, op. cit., p. 55.

<sup>96</sup> FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., pp. 247-251.

<sup>97</sup> FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *O terror vermelbo*, Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade, 1938, pp. 7-8; citado en *Una isla...*, op. cit., pp. 35-36.

<sup>98</sup> PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, op. cit., p. 9.

verano de 1936 y los desplazamientos de muchos madrileños a los lugares de ejecución más habituales (Casa de Campo, Pradera de San Isidro) para contemplar a las víctimas (*besugos, fresco*) de la noche anterior, en aparente homenaje a las *tricoteuses* que se sentaban a tejer ante la guillotina durante los peores momentos del terror en Francia<sup>99</sup>. El pueblo, según Miquelarena, «se había embrutecido... Julián, el de *La Verbena de la Paloma*, condenaba a muerte en una *checa*»<sup>100</sup>. La repugnancia de los testigos ante los crímenes de la revolución se ve aquí reforzado por su rechazo ante una sociedad vuelta del revés, donde los antiguos criados han tomado el poder y lo ejercen despóticamente. Para autores como Foxá, el deseo de revancha social era el verdadero motor de la revolución: «era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos»<sup>101</sup>. Fernández Flórez defiende la misma tesis en sus dos libros sobre el tema, que interpretan la revolución como obra de «la masa» y la comparaban con «un desprendimiento de tierras»<sup>102</sup>. Muchos autores oponen este pueblo embrutecido o corrompido al «verdadero pueblo», en el sentido que tenía el término en el nacionalismo casticista de la época: «la conciencia misma de la raza chispera y manola» de la que habla Romero Marchent<sup>103</sup>. O las «muchas pobres criaturas engañadas, ignorantes de buena fe» evocadas por Espina<sup>104</sup>. Pero la imagen de un pueblo bárbaro e ignorante domina los relatos, que suelen atribuir a los milicianos un lenguaje vulgar, repleto de expresiones soeces y crueles como las reproducidas por Foronda: «Si te vamos a arrancar la lengua... *pa* comérnosla»<sup>105</sup>. Los *rojos* eran seres viciosos, borrachos y lujuriosos, degenerados morales que, como señalaba Pérez de Olaguer, no vacilaban en masacrar a prisioneros indefensos en medio de un aperitivo de tapas, vino y cerveza<sup>106</sup>.

<sup>99</sup> FONTERIZ, L.: *Seis meses...*, *op. cit.*, pp. 49-50. Cfr. GODINEAU, D.: *Citoyennes tricoteuses: les femmes du peuple a Paris pendant la Revolution française*, Aix-en-Provence, Alinea, 1988.

<sup>100</sup> MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, *op. cit.*, p. 109.

<sup>101</sup> FOXÁ, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 294.

<sup>102</sup> FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, *op. cit.*, pp. 93-94; cfr. íd.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 26-33.

<sup>103</sup> ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, p. 19.

<sup>104</sup> ESPINA, C.: *Retaguardia*, Córdoba, Instituto Social de Bellas Letras, 1937, p. 99.

<sup>105</sup> FORONDA, A.: *Nueve meses...*, *op. cit.*

<sup>106</sup> PÉREZ DE OLAGUER: *El terror rojo en la Montaña*, *op. cit.*, pp. 173-188.

La repugnancia de los autores hacia el pueblo se dirige de modo particular hacia las *rojas*, milicianas o mujeres del pueblo que, como las *tricoteuses* de 1793 o las *communardes* de 1871, representaban los peores rasgos de la revolución y la antítesis de la naturaleza y las virtudes femeninas<sup>107</sup>. La influencia de los valores morales y religiosos de la época, y del combate librado durante el periodo republicano sobre el estatus social de la mujer, resulta aquí evidente<sup>108</sup>. Las *rojas* aparecen descritas como «harpías», «brujas» o «hienas», movidas por su rencor social y apetitos sexuales: «Mujeres sin educación y sin instintos de feminidad, posesas de una mal contenida fiebre sexual, que creían llegado el momento de entregarse a la libre alucinación de la carne...», según Romero Marchent<sup>109</sup>. Los relatos coinciden en destacar su fealdad, unida a una crueldad extrema tanto en la incitación al crimen como en el crimen mismo: Foronda evoca a «las mujeres *rojas*, de falda en jirones, desgreñadas, con el pecho al aire, asquerosas y sucias, como monstruos fantásticos», que «hundían sus cuchillos hasta el mango en las carnes muertas de las víctimas...»<sup>110</sup>. Y Fernández Arias coincide en que «las *rojas*... asesinaban con voluptuosidad morbosa»<sup>111</sup>. El estereotipo de la *feroz roja* no tardó en plasmarse en personajes de ficción, como la Eugenia de *Tipos y sombras de la tragedia*, una «huérfana de una traperera del barrio de las Injurias» que «creció entre escorias y harapos» y se convirtió en una feroz *chequista* gracias a la República y a la protección del socialista Ángel Galarza<sup>112</sup>. La imagen se advierte, también, en una antología de textos sobre la revolución escritos durante el conflicto por el dibujante Antonio de Lara Tono y el dramaturgo Miguel Mihura, otro ilustre evadido de Madrid, publicada en 1939 con el expresivo título de *María de la Hoz*<sup>113</sup>. La diferencia es que aquí aparece muy suavizada por el fino humor de

<sup>107</sup> Véanse GODINEAU, D.: *Citoyennes tricoteuses...*, *op. cit.*; y GULLICKSON, G. L.: *Unruly women of Paris: images of the commune*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1996.

<sup>108</sup> BUNK, B.: *Ghosts of passion...*, *op. cit.*, pp. 120-149.

<sup>109</sup> ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, pp. 55 y 119.

<sup>110</sup> FORONDA: *Nueve meses...*, *op. cit.*, p. 44.

<sup>111</sup> FERNÁNDEZ ARIAS, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 71; cfr. FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 65-67.

<sup>112</sup> PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras...*, *op. cit.*, 1937, p. 33.

<sup>113</sup> MIHURA, M.: *María de la Hoz*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, pp. 31-47. Cfr. MOREIRO, J.: «*María de la Hoz*: Mihura y Tono en las trincheras», *Anales de literatura española*, 19 (2007), pp. 161-172.

sus autores, que da a su descripción del batallón femenino de «las Infames», o del «señor de luto, con barba y bigote», que se ganaba la vida disfrazándose de la *Pasionaria*, un significado muy distinto del habitual en los relatos del género.

La imagen del enemigo presente en la literatura del *terror* es, así, considerablemente homogénea, aunque —hay que reiterarlo— no llega a ser monolítica. Los relatos no ignoran los profundos cambios que experimentó la represión republicana durante el conflicto: a su manera estereotipada, saben reflejar la evolución del *terror caliente* de los primeros meses de la guerra al *terror legal* o *de Estado* dominante bajo los gobiernos de Juan Negrín. La imagen de un *terror sistemático* o *científico*, inspirado en el modelo del bolchevismo ruso, aparece en muchos textos, combinada a veces con la de un terror bárbaro y arbitrario<sup>114</sup>. El símbolo de este terror científico son, naturalmente, las *checas*, demostración tangible del carácter *ruso* y *asiático* de la revolución española. No hay relato ambientado en Madrid que no incluya su *checa*, normalmente descrita como un sótano tétrico y siniestro que sirve de cámara de tortura a milicianos sucios y malvados<sup>115</sup>. La más popular es, sin duda, la de Bellas Artes, controlada por la *Escuadrilla del amanecer* de Agapito García Atadell, personaje legendario en la literatura de la época gracias a su fuga de España y posterior arresto por los *nacionales*, que lo fusilaron en Sevilla en julio de 1937. Miquelarena lo retrata como un «monstruo», encarnación de la «frialdad social» y el «odio de clases» del socialismo, pero también como un «*dilettante* del terror»<sup>116</sup>. Foxá, que le hace cenar langosta con la hermosa Rosario Yáñez, lo describe como «un hombre extremadamente inteligente, sádico y refinado... un marxista perfecto»<sup>117</sup>. El sádico y corrupto Atadell es el modelo de muchos verdugos *rojos* posteriores, como el jefe de policía de Santander Manuel Neila de Pérez de Olaguer<sup>118</sup> o el afeminado *Clavel* de Tomás Borrás, defensor entusiasta de la represión «científica» practicada en la Unión Soviética<sup>119</sup>.

<sup>114</sup> ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937; GUARDIOLA, A.: *Barcelona...*, op. cit., pp. 56 y 119-126.

<sup>115</sup> SANABRIA, F.: *Madrid...*, op. cit., p. 53.

<sup>116</sup> MIQUELARENA, J.: *Cómo fui ejecutado...*, op. cit., pp. 45-46.

<sup>117</sup> FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., p. 373.

<sup>118</sup> PÉREZ DE OLAGUER: *El terror rojo en la Montaña*, op. cit., pp. 14-16.

<sup>119</sup> BORRÁS, T.: *Checas de Madrid*, Madrid, Editorial Bullón, 1963, pp. 52-54.

Las *checas científicas* por antonomasia fueron las del SIM, descubiertas por los *nacionales* días después de entrar en Barcelona a finales de enero de 1939. Como era previsible, el hallazgo dio pie a una nueva oleada de textos sobre el terror, en los que los testimonios de antiguos presos —que describían palizas, descargas de electricidad, privación de comida y sueño, internamiento en celdas minúsculas y trabajos forzados— se combinaban con valoraciones hiperbólicas<sup>120</sup>. La descripción realizada por Foxá, uno de los escritores que visitaron la *checa* de la calle Vallmajor, resulta típica: «Allí residía el horror del SIM; porque el SIM helado había sustituido en tiempos de Negrín a la brutalidad ardiente de las *checas*; era el dolor científico, estudiado...». En su opinión, los refinados métodos de tortura del SIM eran un símbolo de la decadencia cultural de su época, al mismo nivel que «los libros sobre el opio, los Films surrealistas de Bañuel (*sic*), el verso dadaísta, los lienzos de Dahli (*sic*)» y los cuadros de Picasso<sup>121</sup>. Un amigo de Foxá que, como él, había escapado de Madrid gracias a su pasaporte diplomático poco después del 18 de julio, el cineasta y autor teatral Edgar Neville, conde de Berlanga del Duero, describió estas *checas* en términos similares en la prensa falangista y en el documental *¡Vivan los hombres libres!*, realizado por encargo del Departamento Nacional de Cinematografía del gobierno de Burgos semanas después de la toma de la capital catalana<sup>122</sup>. El audaz retrato del *terror rojo* compuesto por Neville —quizá como un mérito más para hacer olvidar su antigua militancia en Izquierda republicana— abrió nuevas vías de expresión para el género, aunque su experimento tendría pocos imitadores.

El contrapunto de los villanos de los relatos son, naturalmente, sus héroes y víctimas. Fieles a sus modelos literarios, las novelas sobre el *terror rojo* integran la descripción de la violencia enemiga en el marco de un relato de aventuras protagonizado por caballeros y heroínas *blancas*, un procedimiento que permite desdramatizar la experiencia

<sup>120</sup> ABC, Sevilla, 3 de febrero de 1939; *La Vanguardia española* [LVE], 8 de febrero de 1939; ROS, F.: *Preventorio D (ocho meses en el S. I. M.)*, Barcelona, Yunque, 1939.

<sup>121</sup> FOXÁ, A.: «La checa de la calle Vallmajor», publicado en LVE, 5 de febrero de 1939; y en URRUTIA, F.: *¡Terror rojo! Las checas de Barcelona*, Madrid, 1939, pp. 23-29.

<sup>122</sup> NEVILLE, E.: «La checa de Vallmajor», *Vértice*, 20 (1939), y *¡Vivan los hombres libres!* Sobre la trayectoria de Neville durante la guerra véase RÍOS CARRATALÁ, J. A.: *Una arrolladora simpatía. Edgar Neville, de Hollywood al Madrid de la postguerra*, Aliante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009, pp. 79 y ss.

y transmitir un mensaje optimista al lector. Así sucede en la sentimental *Retaguardia*, donde Alicia Quiroga, señorita de Torremar (Santander), busca a su novio Rafael Ortiz, encerrado por los *rojos* en el barco-prisión Satanás (*Alfonso Pérez*) junto al Faro de Cabo Grande (Cabo Mayor), con ayuda de su hermano Felipe, socialista arrepentido, y del simpático marinero *Garrochín*. Aunque la búsqueda termina en tragedia, con Ortiz muerto y su cadáver flotando en la bahía, la protagonista se consuela pensando en la justicia divina y en la conversión de *Garrochín* a la causa *nacional* después de contemplar con sus propios ojos los cadáveres de las víctimas de los *rojos* en una alucinante escena submarina. Ésta es básicamente la trama en que se basa *Madrid de corte a cheka*, algo posterior y mucho más lograda desde el punto de vista literario. El libro de Foxá puede leerse como un pretexto para retratar a cientos de personajes de la sociedad y la política de la zona republicana, pero también como una novela de aventuras —las que le suceden a su protagonista José Félix Carrillo, un joven falangista que lucha por salvar a amigos y conocidos del *terror rojo* en Madrid, como un Pimpinela Escarlata ibérico— en la que no faltan conflictos morales, amor ni siquiera toques de sexo (encarnado en Rosario Yáñez, la burguesa que utiliza sus encantos para protegerse de los *rojos*). Como el de Foxá, muchos relatos sobre el *terror* tienen como tema central la fuga del territorio *rojo*, las peripecias que la rodean y la jubilosa llegada de los evadidos a territorio *nacional*<sup>123</sup>. El mejor exponente del género es, sin duda, la novela *La monja fugitiva*, de Francisco Ferrari, en la que una religiosa joven y atractiva consigue escapar de Madrid disfrazada de miliciana, situación equívoca que da pie a todo tipo de incidentes picantes relacionados con el constante acoso sufrido por la protagonista a manos de los salaces *rojos*<sup>124</sup>.

Junto a estos caballeros y heroínas *blancas*, los verdaderos protagonistas de los relatos son las víctimas, cuya muerte se interpreta casi siempre en términos religiosos: como un sacrificio necesario para el triunfo del bien y la regeneración de la patria. Esto resulta evidente en las obras de autores eclesiásticos que, desde el principio, atribuyeron a las víctimas la condición de mártires de la fe en la línea marcada por Pío XI en su célebre discurso ante un grupo de religiosos proceden-

<sup>123</sup> COLLANTES, J. A.: *Las vestales. Novela de la guerra*, Cádiz, Cerón, 1938; CABALLERO DE RONTE: *Santander roja*, Palencia, Imprenta Merino, 1937; GRAÑA, M.: *Cómo escapé de los rojos*, Burgos, Rayfe, 1938.

<sup>124</sup> FERRARI BILLOCH, F.: *La monja fugitiva*, Valladolid, Santarén, 1939.

tes de la España republicana, el 14 de septiembre de 1936, y ratificada luego por el cardenal Gomá y el resto de la jerarquía católica española<sup>125</sup>. Los relatos sobre la persecución religiosa se insertan en la más pura tradición del martirologio cristiano, que contemplaba la persecución como una ocasión ideal para dar testimonio (el sentido original de la palabra *martirio*) de la fe<sup>126</sup>. El martirio del cura de Fuenterrabía contado por Estelrich es un buen ejemplo: cuando los milicianos conminan al párroco a abjurar de su fe éste se niega, alegando «estoy dispuesto a morir, pero no conseguiréis nunca que reniegue de Cristo»<sup>127</sup>. Los miembros de la Iglesia mueren siempre proclamando su fe y bendiciendo a sus verdugos, de acuerdo con el ejemplo de Cristo<sup>128</sup>. Los seglares, por su parte, lo hacen de forma heroica, levantando el brazo y gritando ¡*Viva España!* o ¡*Arriba España!*, como el capitán Lizcano de la Rosa tras el fracaso de la sublevación en Barcelona<sup>129</sup>, o como Fernando Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda en *Madrid de corte a cheka*<sup>130</sup>. Pero su muerte no es menos sagrada que la de los mártires, como subraya Espina al describir a las víctimas del Cabo Grande como una «quinta columna»: «muertos capaces de vivir hasta que vengan todos los jueces del mundo a escribirles el proceso contra los asesinos de Torremar»<sup>131</sup>.

La exaltación del sacrificio de las víctimas es un rasgo común a la mayoría de los relatos y, sin duda, dice mucho de su sentido último. Muchos parecen dirigidos a mantener vivo el recuerdo de los que sufren para evitar que sean olvidados, como reflejó líricamente el falangista Joaquín Romero Murube en un poema titulado «No te olvides», incluido en la *Antología poética del Alzamiento* en 1939<sup>132</sup>. En

<sup>125</sup> GARCÍA ALONSO, F.: *Mis dos meses de prisión...*, op. cit. Sobre el discurso de Pío XI y la posición de la jerarquía española, véase RAGUER, H.: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001.

<sup>126</sup> CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit., pp. 1-2. Cfr. KYLE, D. G.: *Spectacles of death in ancient Rome*, Londres, Routledge, 1998, pp. 242-264.

<sup>127</sup> ESTELRICH, J.: *La persecución religiosa en España*, Buenos Aires, Difusión, 1937, pp. 103-104.

<sup>128</sup> CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit.

<sup>129</sup> PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, op. cit., pp. 40-41.

<sup>130</sup> FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., pp. 308-311.

<sup>131</sup> ESPINA, C.: *Retaguardia*, op. cit., p. 202.

<sup>132</sup> VILLÉN, J. (ed.): *Antología poética del Alzamiento*, Cádiz, Cerón, 1939, pp. 65-66. (El poema estaba dedicado a Federico García Lorca, amigo del autor, aunque nada en su edición original permitía adivinarlo.)

este punto se advierte una clara diferencia entre los autores religiosos, que se limitan a exaltar a las víctimas como un modelo de virtud cristiana, y los seculares. Los primeros se atienen en todo momento a la doctrina cristiana, como hace el presbítero catalán Lluís Carreras al subrayar la «ejemplaridad» de «los mártires de la Nueva España», no sólo como «simiente fecundísima de conversiones y de renovación cristiana...», sino como demostración del poder del perdón y del amor<sup>133</sup>. Los segundos suelen aludir, en cambio, a la necesidad de castigar a los criminales. Fernández Arias cierra su primera crónica de la revolución en Madrid pidiendo al lector que no olvide a las «80.000 víctimas» del *terror* en la capital, ni sucumba a la «mística del perdón» que, a su juicio, se estaba extendiendo por la España *nacional* desde el campo enemigo<sup>134</sup>. Ya concluida la guerra, Fernández Flórez se muestra igualmente firme en su rechazo a la posibilidad de olvidar y perdonar crímenes de tanta magnitud: las víctimas del *terror*, señala, «allí están y allí estarán por los siglos de los siglos, inmóviles, obstinados, indestructibles, sin que cualquier interpretación o cualquier parcialidad puedan hacerlos desaparecer, como nada puede hacer que desaparezca la mancha de sangre en las manos de Caín»<sup>135</sup>. La imagen de una «Madrid crucificada» presente en numerosos relatos apunta también a la necesidad de venganza. Romero Marchent exhorta a los *nacionales* a «rescatar» a las víctimas de Madrid a cualquier precio, aunque esto implique hacer de la ciudad «un simple objetivo militar»<sup>136</sup>. La misma imagen cierra *Madrid de Corte a cheka*: José Félix contempla la capital desde el lado *nacional* y piensa en sus amigos de allí, «anhelantes, escondiéndose de casa en casa, como bestias, perseguidos...»<sup>137</sup>. Nada más propicio para suscitar la «santa indignación» invocada por Queipo de Llano, que late en casi toda la literatura del género. Los relatos están narrados en el tono trágico y épico que corresponde a tiempos de guerra: de ahí el papel tan reducido que tiene en ellos el humor, con notables excepciones como las de Félix Ros, Foxá o Miguel Mihura.

---

<sup>133</sup> CARRERAS, L.: *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa*, Toulouse, Douladoure, 1938, pp. 274-276.

<sup>134</sup> FERNÁNDEZ ARIAS: *Madrid...*, *op. cit.*, pp. 263-264.

<sup>135</sup> FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, *op. cit.*, pp. 294-295; cfr. íd.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 117-119.

<sup>136</sup> ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, p. 263.

<sup>137</sup> FOXÁ, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 428.

## ¿Relatos para después de una guerra?

Lo que sucedió con el gran relato del *terror rojo* tras la victoria nacional ha sido bien estudiado, al menos a nivel oficial. La política del bando vencedor se atuvo fielmente al «deber de cultivar la memoria» señalado por el *Caudillo* en un mensaje difundido con motivo del segundo aniversario del *Alzamiento*<sup>138</sup>. La cultura de guerra construida en torno a los crímenes enemigos se transformó así (si no lo era ya) en una «cultura de la depuración», basada en la consideración de los *rojos* como seres esencialmente criminales y dirigida a extirpar el marxismo de la sociedad española<sup>139</sup>. Esta operación recibió el aval de la ciencia gracias a las investigaciones realizadas por el psiquiatra Antonio Vallejo Nágera sobre las causas de la «criminalidad revolucionaria marxista» en el campo de concentración de San Pedro de Cardaña desde mediados de 1938<sup>140</sup>. Las conclusiones alcanzadas por este experto, resumidas el año siguiente en su libro *La locura y la guerra*, coincidieron en un grado sorprendente con las intuiciones de las víctimas de los *rojos*: la revolución española había sido obra de una mezcla de monstruos degenerados y de multitudes imbéciles, con una alta proporción de mujeres, y se había ajustado fielmente al patrón de la francesa<sup>141</sup>. La depuración tuvo también repercusiones legales: los principales hitos de la violencia cometida por los partidarios de la República quedaron inscritos en la *Causa General* publicada en 1943 por el Ministerio de Justicia que, además de legitimar *a posteriori* el *movimiento nacional*, dio cobertura jurídica a la represión y depuración masivas de los sospechosos de haber participado directa o indirectamente en el *terror rojo*<sup>142</sup>. Los homenajes a los caídos iniciados durante la guerra, rodeados de la peculiar simbología falangista y católica del régimen, continuaron a una esca-

<sup>138</sup> FRANCO, F.: *Palabras del Caudillo*, Madrid, Editora Nacional, 1943, pp. 312-313.

<sup>139</sup> RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 24-48.

<sup>140</sup> VINYES, R.: «Construyendo a Caín. Diagnóstico y terapia del disidente: las investigaciones psiquiátricas militares de Antonio Vallejo Nágera con presas y presos políticos», *Ayer*, 44 (2001), pp. 227-250.

<sup>141</sup> VALLEJO NÁGERA, A.: *La locura y la guerra. Psicopatología de la guerra española*, Valladolid, Santarén, 1939, pp. 200-225.

<sup>142</sup> MINISTERIO DE JUSTICIA: *Causa General. La dominación roja en España*, Madrid, 1943.

la mucho mayor<sup>143</sup>. Los nuevos gobernantes de España rememoran de manera constante el recuerdo de la violencia enemiga y de sus víctimas, los *caídos por Dios y por España* y *mártires de la Cruzada*, a través de discursos, misas de réquiem, textos literarios, representaciones pictóricas, documentales, aniversarios, lápidas, cruces, monumentos y calles en todos los rincones del país<sup>144</sup>.

El papel de la sociedad civil en la consolidación de esta «cultura de la depuración» constituye una faceta menos estudiada, pero clave, de este proceso. Para aclararla sería necesario reconstruir la historia de los actores sociales que contribuyeron al movimiento conmemorativo de posguerra, desde la Iglesia hasta la iniciativa privada de asociaciones de antiguos combatientes y cautivos, familiares de víctimas y comisiones de «fuerzas vivas» de toda España<sup>145</sup>. Sin duda, ya es tarde para profundizar en los estudios realizados por el antropólogo norteamericano John Corbin sobre la memoria de la guerra en Ronda a principios de los años sesenta<sup>146</sup>. A falta de fuentes orales, disponemos de la literatura sobre el tema, cuya evolución parece ajustarse a la misma pauta. En el clima de la victoria, y tras la *liberación* de los últimos presos de la República, el género experimentó un nuevo florecimiento, tanto en lo tocante a testimonios como a obras literarias<sup>147</sup>. La más popular de éstas, la citada *Una isla en el mar rojo*, conoció nada menos que doce ediciones entre 1939 y 1942. De este último año data el primer (y, según mis datos, único) largometraje del

<sup>143</sup> Véase la crónica del homenaje a los caídos realizado junto al Faro de Cabo Mayor, en Santander, aparecida en *ABC*, Sevilla, 19 de octubre de 1937.

<sup>144</sup> LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España...», *op. cit.*, pp. 236-244.

<sup>145</sup> *Ibid.*, pp. 242-243.

<sup>146</sup> CORBIN, J.: «Truth and myth in history: an example from the Spanish Civil War», *Journal of Interdisciplinary History*, 25-4 (1995), pp. 609-625.

<sup>147</sup> Véanse, entre otros muchos ejemplos, FIGUEROA, A.: *Memorias del recluso Figueroa*, Zaragoza, 1939; QUEIPO DE LLANO, R.: *De la checa de Atadell a la prisión de Alacuas*, Valladolid, 1939; MILLÁN ASTRAY, P.: *Cautivas. 32 meses en las prisiones rojas*, Madrid, [1939]; HUIDOBRO, L.: *Memorias de un finlandés*, Madrid, 1939, y *El predestinado o un crimen en Valderredible*, Madrid, 1941; LÓPEZ DE MEDRANO, L.: *986 días en el infierno*, Madrid, 1939; ROS, S.: *Meses de esperanza y de lentejas: la embajada de Chile en Madrid*, Madrid, 1939; MOLERO MASSA, L.: *La borda en el Levante Feliz*, Valencia, 1939; PINO, F.: *Asalto a la cárcel Modelo*, Madrid, 1939; BUSTAMANTE Y QUIJANO, R.: *A bordo del «Alfonso Pérez»*, Madrid, 1940; CAMBA, F.: *Madridgrado*, Madrid, 1939; CARRETERO, J. M.: *La revolución de los patibularios*, 6 vols., Madrid, 1939-1940; LEÓN, R.: *Cristo en los infiernos*, Madrid, 1941; o ESPINA, C.: *Princesas del martirio*, Barcelona, 1940.

género, *Rojo y negro*, una cinta falangista ambientada en el Madrid de las checas, en la que dos novios separados por sus ideas se reencuentran (simbólicamente) tras morir a manos de los *rojos*<sup>148</sup>. Al cabo de unos años, sin embargo, los relatos de víctimas empezaron a ser recibidos con muestras de ironía y aun de hartazgo, como lamentó en 1955 un antiguo preso en la cárcel Modelo de Madrid en una novela irónicamente titulada *No me cuente usted su caso*<sup>149</sup>. El autor se veía obligado a justificar su decisión de «exhumar» sus recuerdos por el «deber» en que se encontraba su generación, que había conocido aquella trágica realidad, de recordar a las víctimas y hacer reflexionar a los jóvenes, que habían «crecido en el silencio». Y su intención, añadía, no era tanto poner de manifiesto «la maldad de los asesinos» como «el espíritu con que las víctimas soportaron la persecución»<sup>150</sup>. La literatura parece haber seguido, en suma, una evolución similar a la señalada por los trabajos sobre la memoria oficial de la Guerra Civil bajo el franquismo, desde el frenesí conmemorativo de posguerra hasta el principio de olvido que supusieron las celebraciones de los «25 años de paz»<sup>151</sup>.

Profundizar en este aspecto supera con mucho las posibilidades de este artículo, cuyo objetivo se reduce a analizar cómo se construyó el gran relato del *terror rojo*, y a sugerir qué puede enseñarnos acerca de las culturas de guerra en general, y la del franquismo en particular. Desde este punto de vista, el estudio de la España *nacional* parece confirmar las conclusiones alcanzadas por Horne y Kramer en relación con las historias sobre atrocidades alemanas en 1914-1918. En ambos casos, la construcción simbólica de la violencia enemiga fue realizada conjuntamente por la propaganda del Estado y por la sociedad civil, encarnada en las víctimas y testigos de aquella: de ahí su fuerza y su presumible capacidad movilizadora. En el conflicto español, la imagen del *terror rojo* fue uno de los principales puntos de encuentro entre las distintas familias de la «coalición reaccionaria» que se alzó contra la República en 1936 y que estuvo separada por tantos intereses y renci-

---

<sup>148</sup> SÁNCHEZ BIOSCA, V.: *Cine y guerra civil: del mito a la memoria*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 128-143.

<sup>149</sup> MARTÍN ARTAJO, J.: *No me cuente usted su caso*, Madrid, Biosca, 1955.

<sup>150</sup> *Ibid.*, pp. 10-14.

<sup>151</sup> CAZORLA, A.: «Beyond they shall not pass: How the experience of violence reshaped political values in Franco's Spain», *Journal of Contemporary History*, 40-3 (2005), pp. 503-520.

llas previas<sup>152</sup>. La huella que la experiencia de la represión dejó en muchos españoles, elaborada literariamente por Miquelarena, Espina, Foxá, Fernández Flórez, Neville y tantos otros *testigos*, fue el mejor argumento de que dispuso un régimen con una legitimidad más que dudosa y un proyecto político básicamente negativo.

Desde el punto de vista cultural, la representación del enemigo se apoyó en ambos conflictos en conceptos preexistentes pero exigió, también, un esfuerzo para dar sentido a acontecimientos radicalmente nuevos. Los conservadores españoles llevaban mucho tiempo imaginando la revolución: el protagonista de *Bajo el yugo de los bárbaros*, una novela fantástica de Ricardo León, escrita en 1932 y ambientada en una utópica «República Proletaria», era ya interrogado por un «Dzerchinsky español» en una *cheka*<sup>153</sup>. Pero lo que sucedió en la mitad del país a partir del 18 de julio de 1936 probablemente excedió sus peores previsiones. Como señaló Jover Zamora en relación con la imagen de la Primera República durante la Restauración, el «mito» del terror rojo se implantó en la memoria colectiva a partir de «experiencias contemporáneas», que fueron seleccionadas por los grupos afectados «en función de sus intereses, de sus concepciones del mundo y de sus ideologías». Y estos grupos lograron, gracias a su proximidad al poder y su acceso a los medios de comunicación, convertir su versión de los hechos en «algo capaz de ser asumido, más o menos crítica o pasivamente, por otros grupos sociales», un proceso que les obligó a utilizar «recursos descriptivos y adjetivaciones capaces de motivar sectores más amplios y heterogéneos de la sociedad»<sup>154</sup>. En el caso que nos interesa, estos recursos y estas adjetivaciones fueron de naturaleza literaria y autobiográfica, un anuncio de los derroteros que seguiría la memoria de la violencia en Occidente a partir de la Segunda Guerra Mundial.

---

<sup>152</sup> SÁNCHEZ RECIO, G.: «La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista», en TUSELL, J.: *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 551-562.

<sup>153</sup> LEÓN, R.: *Bajo el yugo de los bárbaros*, Madrid, Editorial Hernando, 1932, pp. 245 y ss.

<sup>154</sup> JOVER ZAMORA, J. M.: *Realidad y mito de la Primera República*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 54-55.